

## Tintero

Paco Ureña

francisco.urena@yahoo.com.mx



## ¡Feliz día de muertos!

Te sorprenderás, estimado amigo, del título que he puesto al presente Tintero. Pareciera irrespetuoso y grotesco, pero bien sabemos los mexicanos que la celebración del Día de los Fieles Difuntos es un acontecimiento anual que tiene más de alegría que de tristeza. Su origen es más antiguo de lo que muchos sabemos, pues las culturas indígenas americanas ya lo celebraban antes de la Conquista, y fueron los evangelizadores españoles quienes lo transformaron para facilitar la conversión de los indios a la fe Cristiana, cosa que evidentemente lograron.

Cuando yo era pequeño — mis nietos y nietas más tiernitos no creen que yo haya sido niño nunca —, el 2 de noviembre y sus alrededores eran verdaderamente festivos. En todos los lugares donde la gente se reunía, especialmente por fuera de las iglesias, se situaba un sinnúmero de comerciantes ocasionales que vendían todo tipo de productos, artilugios y golosinas con el tema de de la muerte. Eran de un colorido esplendoroso y de sabores muy surtidos, que atraían a la chiquillería como la miel a las hormigas.

Las calaveras se representaban en todas las formas imaginables, más sobresalientemente en forma de dulces hechos de azúcar y decorados con vivísimos colores *muy a la mexicana*. Los niños los degustaban con entusiasmo cuajado de sonrisas. Pero también había muñecos, títeres, piñatas, ropa pintada o bordada a mano, máscaras de cartón y disfraces completos de *“la huesuda”*. Por supuesto, el *“pan de muerto”* — mestizo deleite indígena y español —, tenía una demanda tan intensa como la de las rosas de Reyes en enero, de tal manera que no había familia que se privara de su especial disfrute, como aún ocurre ahora.

*Los Camposatos de entonces — hoy llamados Panteones —*, se poblaban de deudos de los muertitos ahí depositados. La fiesta se iniciaba el 1 de Noviembre de medio día en adelante, cuando familias y hasta clanes completos se reunieran ahí. Mujeres y hombres se afanaban por igual para limpiar las lápidas a escobazos y cubetadas de agua, tras lo cual todo el grupo se disponía a velar a sus difuntos. Las ofrendas que llevaba cada familia incluían alimentos y bebidas — suaves y fuertes —, supuestamente para que agasajar a los muertitos, aunque a la hora de la

hora los agasajados eran los dolientes. Por supuesto que las flores también estaban presentes, especialmente los lirios blancos y las rosas rojas y rosas, fueran naturales o de papel.

Al caer la noche, cuando la obscuridad ya era impenetrable, surgían las velas encendidas y los quinqués en todo aquel bizarro campamento, mientras parvadas de niños jugaban y de músicos entonaban las canciones favoritas de los difuntos homenajeados, a todo lo largo y ancho del panteón. Los ayes, llantos, gritos y cantos aguardentosos hacían coro de fondo a los *rascatripas* y éstos, al concluir cada melodía se empujaban una copa de aguardiente y unos suculentos tacos confeccionados con las abundantes ofrendas comestibles.

*A eso de las dos o tres de la madrugada*, un mortal silencio iba tomando posesión del camposanto. Un arpegio de ronquidos y murmuraciones se dispersaba por el enorme campamento, cual fantasmagórica neblina. Silenciosas siluetas — como almas en pena —, se deslizaban furtivamente entre los dormidos dolientes y las tumbas. Eran los ladrones que cosechaban las flores que a la mañana siguiente se venderían, en macabro reciclaje, a la entrada del panteón, lozanas y hermosas una vez más.

Por supuesto que no era este un *“un trabajo sencillo”*, porque aquella noche de difuntos se escucharían, aquí y allá, los dispersos enfrentamientos entre los infelices ladrones y los dolientes ebrios medio dormidos. Corretizas y trompadas arrullaban a los dormidos briagos. Aquella noche deben haber abundado los sueños inquietos y las pesadillas. En aquel frío intenso las colchonetas, los sarapes y las colchas de gusanillo eran indispensables.

Cansancio, humores y furtivas flatulencias marcaban el ritmo cacofónico de los durmientes, ahora igualados por el agotamiento.

*Antes de que el alba pusiera en fuga* a la espesa obscuridad, los integrantes de cada campamento familiar despertaban y se aplicaban a la búsqueda de un monumento mortuorio lejano, donde aliviarían sus trastornos fisiológicos causados por la comilona. Así, es muy posible que no quedara tumba sin huellas de aquella celebración, cosa por demás natural, ya que los panteones están pésimamente organizados y casi

todos — por no decir que todos —, carecen de resumideros propicios para los deshechos humanos. De esta manera, un nuevo perfume llegaba a reforzar al de las pocas flores que habían quedado después del saqueo.

El frío del amanecer aceleraba el crudo despertar de los clanes de dolientes, y en mucho menos de una hora aquel camposanto se vaciaba totalmente, a no ser por el batallón de perros callejeros que se ocuparía de recoger los desperdicios de los muchos banquetes, esquivando hábilmente el campo minado. Tras los canes llegaban los trabajadores cubiertos con una gorra tejida, protegidos contra el frío de la madrugada con una gruesa bufanda y enfundados en gruesos suéteres de lana. Ellos arreglarían los estropicios de la pasada noche, blandiendo gigantesco escobones en medio de una polvareda saturada de inmundicias.

*A eso de las doce medio-día*, los dolientes de más categoría llegarían en sus flamantes autos y comenzarían a seleccionar las flores de segunda mano, para honrar a sus propios difuntos tristemente revueltos con las tumbas de más bajo nivel social en el extenso panteón.

Y después, ¡adiós muertitos! ¡A ver si nos vemos el año que entra!

“Aquí los esperamos”, responderían los muertitos.

**Punto y aparte:**

Nuestros muertos no están en los cementerios; están en otra parte, arriba o abajo, pero en otra parte. En las fosas sólo hay despojos.

Yo.

*\*Nuestros muertos no están en los cementerios; están en otra parte, arriba o abajo, pero en otra parte. En las fosas sólo hay despojos*

